

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Cuestión nacional y lucha de clases en la Segunda Internacional Socialista: una interpretación sobre el origen del comunismo argentino.

Piemonte, Víctor Augusto.

Cita:

Piemonte, Víctor Augusto (2009). *Cuestión nacional y lucha de clases en la Segunda Internacional Socialista: una interpretación sobre el origen del comunismo argentino*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/483>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Cuestión nacional y lucha de clases en la Segunda Internacional Socialista: una interpretación sobre el origen del comunismo argentino

Víctor Augusto Piemonte (UBA)

El origen del Partido Comunista argentino se remonta en la bibliografía existente a la controversia generada por la situación bélica internacional iniciada en agosto de 1914 y que encontró su punto de quiebre en el seno del Partido Socialista argentino hacia fines de 1917. El abordaje de las disquisiciones teóricas de sus contemporáneos, así como el de sus consecuencias prácticas inmediatas, se vio afectado por un exceso descriptivo en la producción historiográfica posterior. Nuestro objetivo es realizar una aproximación al intenso debate surgido al calor de la virulencia que envolvió los acontecimientos que coadyuvaron a la disgregación interna del movimiento socialista mundial, cuya consecuencia más inmediata y profunda fue la proliferación de partidos comunistas nacionales.

Con las distintas posiciones adoptadas frente a la guerra se terminó de evidenciar una realidad que ya era posible rastrear hacia el interior del Partido Socialista argentino (PSa) al menos desde 1912, a través de la oposición de izquierda intrapartidaria congregada en el Centro de Estudios Carlos Marx, y que, del mismo modo en que venía sucediendo en Europa desde hacía años, ponía en entredicho la capacidad de pervivencia del partido: la cuestión de fondo residía en la postura tomada en torno a la disyuntiva, cada vez más urgente, que se abría entre reforma y revolución. Sintomático de esta situación será el hecho de que es en estos momentos cuando ve fortalecer su presencia la corriente del movimiento socialista que se identifica con el internacionalismo proletario. A través de su persistencia en la necesidad de incrementar el nivel de autoconciencia revolucionaria del proletariado, los internacionalistas llevarán al paroxismo un supuesto que será combatido por el conjunto de la socialdemocracia reformista, a saber: las crisis del capitalismo constituyen el caldo de cultivo propicio para que la clase obrera pueda experimentar un salto cualitativo en el desarrollo de la lucha de clases. Sin embargo, el derrotero de la crisis capitalista de los años '10 habría de encontrar a la clase obrera conduciéndose en otro sentido. Kaustky había sostenido en 1911 que "Sería adoptar una teleología mística suponer que la masa entra en acción siempre y dondequiera ello sea necesario en interés del desarrollo social, y que su

intervención sirve siempre a esa finalidad”¹. El estallido de la primera guerra mundial y el subsiguiente comportamiento de dirigentes y afiliados socialistas habrían de darle más tarde la razón.

Según el esquema teórico comúnmente aceptado por los socialistas de la Segunda Internacional, en cuanto el modo de producción capitalista empieza a convertirse en el predominante de una formación socioeconómica dada, la lucha de clases pasa entonces a sucederse dentro aquel conjunto orgánico heterogéneo que es su forma organizativa por antonomasia: el estado nacional. A partir de entonces la cuestión nacional acusa un componente clasista, pues “sirve a intereses distintos en función de la clase que la impone y desde el momento que la impone”².

Como señala Daniel Campione en un estudio reciente³, el debate al interior del PSa no emula aquel que se desarrolla en la Internacional Socialista asentado en Europa. No obstante, consideramos que con el sólo rechazo de la utilidad interpretativa que encuentra asidero en la reproducción formal del debate sobre el complejo de problemas abierto por el estallido de la guerra en los mismos y exactos términos en que se presenta ante los principales partidos socialistas, no se atina a demostrar en qué puntos se diferencia y en cuáles se aproxima el socialismo argentino a las posturas europeas, con lo cual toda afirmación en el sentido indicado se queda sin poder explicar demasiado.

Coincidimos con Leonardo Paggi en que “Redescubrir la imposibilidad de reducir la II Internacional a la bancarrota del 4 de agosto de 1914 no puede significar una suspensión del juicio sobre su herencia histórica”⁴. De aquí que nos propongamos arrojar luz sobre el legado que contribuyó a forjar en el movimiento obrero argentino.

I

Marx y Engels no habían dejado plasmada una teoría acabada acerca de la nación que pudiera ser tomada como universalmente válida para interpretar su origen y su desarrollo. Ellos establecieron un distingo conceptual basado en la valoración de los diferentes procesos nacionales, según fueran éstos progresivos y vitales -forjadores de “naciones revolucionarias”, para Marx, o de “naciones históricas”, al decir de Engels-, o

¹ Karl Kautsky, “La acción de masas”, *Debate sobre la huelga de masas (Segunda parte)*, Córdoba, Pasado y Presente, 1976, p. 25.

² Georges Haupt y Claudie Weill, “Marx y Engels frente al problema de las naciones”, en K. Marx y F. Engels, *La cuestión nacional y la formación de los estados*, México, PyP, p. 11.

³ Daniel Campione, *El Comunismo en Argentina. Sus primeros pasos*, Buenos Aires, IMFC/CCC Floreal Gorini, 2005.

⁴ Leonardo Paggi, “Intelectuales, teoría y partido en el marxismo de la Segunda Internacional. Aspectos y problemas”, en Max Adler, *El socialismo y los intelectuales*, México, Siglo XXI, 1980, p. 15.

regresivos y no vitales -engendradores de “naciones contrarrevolucionarias” o “naciones sin historia”-, y en donde el criterio de demarcación viene fundado en la potenciación o la obstaculización de las condiciones que son necesarias para permitir el desarrollo capitalista de las fuerzas de producción⁵. Existe aquí una correspondencia entre la operatividad económica y la organización geográfica de las naciones, en el sentido de que ésta va a la zaga de las necesidades de aquella⁶. Los grandes estados nacionales representaban una ventaja sustancial para el proletariado en su lucha, pues podían prestarle un servicio inigualable al promover la formación de sistemas productivos tan avanzados como fuera necesario a los fines de satisfacer las demandas de un mercado interno de proporciones nunca antes vistas. Por elevación, las nacionalidades pequeñas estaban prontas a sufrir la extinción por asimilación. Horace Davis consideró por ello que el de Marx y Engels era, en realidad, un “internacionalismo de las naciones industrializadas avanzadas”⁷.

La naturaleza de la Segunda Internacional no eludió los hechos sociopolíticos a que dio lugar el avance del proceso de nacionalización de las masas que era ya por entonces una realidad asentada. Organizada alrededor de grandes partidos nacionales que hicieron de ella un foro donde era posible discutir las problemáticas más acuciantes a los fines de conducir la emancipación de la clase trabajadora, la Segunda Internacional - a diferencia de lo que había sucedido con la Primera y habría de volver a ocurrir con la Tercera- no dispuso el cumplimiento de principios ni de normativas que debieran regir la acción de los distintos partidos que la componían⁸. En consecuencia, múltiples fueron las respuestas ensayadas al momento de vislumbrar soluciones a problemáticas compartidas. La cuestión nacional fue una de ellas, si bien los partidos socialistas tendieron a actuar en bloque, respondiendo casi en forma unánime al llamamiento bélico lanzado por los gobiernos de sus respectivos países.

Como ideología de partidos revolucionarios, la socialdemocracia tenía la obligación de definir la acepción terminológica que daba a la revolución. Sus acciones solamente podían considerarse racionales en tanto lograran adecuarse a la adopción del *corpus* doctrinario que daba significado a su existencia. De la definición teórica dependía el

⁵ Daniel Lvovich, *De la determinación a la imaginación: las teorías marxistas del nacionalismo. Una interpretación*, Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Buenos Aires, FLACSO, 1997, p. 15. F. Engels, *La cuestión nacional y la formación de los estados*, México, PyP, 1980, p. 107.

⁶ S. F. Bloom, *El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975, p. 29.

⁷ Horace Davies, *Nacionalismo y socialismo. Teorías marxistas y laboristas sobre el nacionalismo hasta 1917*, Barcelona, Península, 1972, p. 31.

⁸ Cf. Annie Kriegel, *Las Internacionales Obreras*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1968.

comportamiento en la aplicación práctica de sus principios, pues si por “revolución” se entendía

un proceso pacífico, quizás de décadas de duración, en el que el proceso adquiere gradualmente el control de las instituciones políticas, las tareas educativas y organizativas del partido debían ser bastante diferentes de si la revolución hubiese de consistir en un acto único de violencia. Por ello el partido no podía dejar de elegir sobre la simple base de que los hechos históricos son impredecibles. Podía dejar ambas alternativas abiertas en su programa, pero en la vida política tenía que elegir por una u otra.⁹

No contando con un programa de acción definido, el socialista Millerand pasó a formar parte del gobierno francés, integrado entre otros por el general Galleffet, máximo responsable en la dura represión de la Comuna de París. La Internacional se debatió en el congreso realizado en 1900 en París sobre la conveniencia de participar en el ejercicio de funciones gubernamentales que eran emprendidas por representantes de la burguesía. La opinión estaba dividida entre quienes sostenían la ventaja que significaba la intervención para la reforma del sistema, que podía ser depurado de sus elementos más reaccionarios aunque no cambiar en tales condiciones su signo clasista, y quienes auguraban que instalaría la confusión en el proletariado respecto de qué intereses defendía realmente el socialismo.

Pero también el proletariado sembraría la incertidumbre en el socialismo. La identificación entre la nación y los ciudadanos encontró en agosto de 1914 lo que sin dudas fue su máximo triunfo hasta la fecha a través de la derrota del marxismo revolucionario. De entre las distintas fuerzas posibles de movilizar al proletariado, resultó ser que la conciencia nacional se antepuso a la conciencia de clase, haciendo de la nacionalidad un principio de acción más dinámico y decisivo que el que podía llegar a representar -y de hecho representó- la revolución social. Se había subestimado el interés que las clases ajenas a la burguesía podían llegar a albergar -y de hecho albergaban- en los destinos de la causa nacional. Los dirigentes socialistas no pensaban perder el terreno conquistado y se lanzaron a secundar a sus representados. El presupuesto de guerra que fue aprobado por la socialdemocracia alemana marcó un cambio drástico en el rumbo seguido por la política del partido socialista más grande y poderoso del mundo: por el momento no importaba concentrar esfuerzos en alcanzar el

⁹ Leszek Kolakowski, *Las principales corrientes del marxismo. Su nacimiento, desarrollo y disolución, t. II, La edad de oro*, Madrid, Alianza, 1985, p. 52.

triumfo de la revolución proletaria, pues de lo que se trataba ahora era de proceder a organizar la defensa de la patria amenazada. La socialdemocracia alemana encarnaba un “factor decisivo”¹⁰ para el destino de la Segunda Internacional. Su alianza con la burguesía alemana selló la suerte del combinado socialista en su conjunto. Estaba ya en marcha el proceso dual que conduciría, por una parte, al rompimiento definitivo del movimiento socialista internacional, y, por la otra, a la emergencia subsiguiente de partidos comunistas nacionales. Con la guerra se jugó la concepción socialista de revolución social, indisolublemente atravesada por el carácter político y social que se estuvo dispuesto a conceder a las masas proletarias y a sus formas de intervención práctica. El dirigente holandés Anton Pannekoek expresó esta situación cuando sostuvo que “justamente la lucha *por* la guerra, el intento inevitable del proletariado de impedir la guerra, se transforma en un episodio en el proceso de la revolución, en una parte esencial de la lucha proletaria por la conquista del poder”¹¹.

La franja mayoritaria del socialismo se decidió a poner paños fríos a las formas radicales de entender la práctica política. Karl Kautsky, líder de la posición centrista, sostenía que “el objetivo de nuestra lucha política sigue siendo el mismo: la conquista del poder del estado por la obtención de una mayoría en el parlamento y el ascenso del parlamento al dominio del gobierno. De ninguna manera perseguimos la destrucción del poder del estado”¹². Varios años atrás, Eduard Bernstein había comenzado a forjar la teoría que lo haría célebre, haciendo fuerte a partir de entonces el llamado a abandonar toda acción dirigida a suprimir “las instituciones liberales de la sociedad moderna”, puesto que “por su ductilidad, por su capacidad de transformarse y desarrollarse (...) sólo hay que desarrollarlas ulteriormente. Y para esto se requiere una organización y una acción enérgica, pero no necesariamente una dictadura revolucionaria”¹³. Los tiempos habían cambiado, y junto con ellos las apreciaciones sobre las formas de intervenir crítico-prácticamente en la realidad. En relación a la toma del poder político quedaban suprimidas las diferencias que habían distanciado al mayor exponente del revisionismo con quien hasta entonces había sido el portavoz del “marxismo ortodoxo”.

¹⁰ Rosa Luxemburg, “El Folleto Junius: la crisis de la socialdemocracia alemana”, *Obras escogidas*, t. II, Buenos Aires, Fundación Pluma, 1976, p. 57.

¹¹ A. Pannekoek, “Acciones de masas y revolución”, en AAVV, *Debate sobre la huelga de masas (Segunda parte)*, Córdoba, PyP, 1976, p. 79.

¹² Karl Kautsky, “La nueva táctica”, en *Idem*, pp. 120-121.

¹³ Eduard Bernstein, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1982, p. 231.

El estallido de la primera guerra mundial catalizó la compleja relación entre las dos fuerzas motrices centrales del momento: la nación y las clases. En la Rusia de 1917 la conciencia que acabó preponderando fue la clasista, lo que llevó a las masas a transformar la guerra mundial en una guerra civil; en el resto del mundo en donde se habían puesto en juego, predominaron los intereses propios de la conciencia nacional. Lenin entendía por el “derecho de las naciones a la autodeterminación” no la separación de facto sino de derecho que tiene cada nación para conducir, siempre y cuando así lo desease, “su separación política de entidades nacionales ajenas, y la formación de un Estado nacional independiente”¹⁴. La guerra imperialista suponía la negación de este derecho, implicando que los privilegios de la nación dominante fueran apoyados de manera activa por el proletariado que la integraba, lo cual se traduciría en una pérdida de cohesión para el proletariado internacional¹⁵.

Las distintas vertientes del socialismo no disponían de la facultad para intervenir marcando el rumbo de la vida política de la Internacional. Al no contar ni con los aparatos del partido y sindicales ni con el favor de la fracción parlamentaria, la capacidad de acción de las corrientes de izquierda y de derecha quedaba cercenada, y el centrismo se alzaba como único dominador cierto de la situación¹⁶. No obstante, la gravitación interna de las alas extremas bien podía ver aumentado mediante su poder si se mostraba hábil a la hora de permear las posiciones del centro. En esa lucha, cargada de centralidad para el destino del movimiento obrero internacional, el revisionismo reformista jugó con éxito sus mejores cartas.

II

Para el año 1917 el Partido Socialista argentino ha experimentado en su interior una mutación cualitativa que lo aleja del lugar hasta entonces asumido. Había dejado de ser un partido con posibilidades de acción reducidas al campo de la oposición. Si bien el PSa había tenido que celebrar su congreso de 1910 en la ciudad de Montevideo, la reforma electoral de 1912 prometía abrir el juego hacia formas de intervención política inéditas en el país. El socialismo argentino verá impulsadas sus expectativas para participar en las instituciones políticas del país. En su informe al Comité Ejecutivo del

¹⁴ Vladimir I. Lenin, “El derecho de las naciones a la autodeterminación”, en *Obras completas*, t. XXI, Buenos Aires, Cartago, 1970, p. 317.

¹⁵ *Idem*, p. 345.

¹⁶ Erich Matthias, “Kautsky y el kautskismo. La función de la ideología en la socialdemocracia alemana hasta la primera guerra mundial”, en K. Kautsky: *La revolución social. El camino del poder*, México, PyP, 1978, p. 34.

Partido Socialista argentino, con motivo de la celebración del Congreso de Copenhague, Juan B. Justo sostenía que “no somos absolutamente un partido de violencia, sino un partido de orden en un país de revueltas”¹⁷. El socialismo argentino, creyendo haber dado muestras sobradas de compromiso cívico, procedió entonces reclamar su lugar en la competencia planteada por la nueva política electoralista.

En el IV Congreso Extraordinario del PSa, celebrado en la ciudad de Bahía Blanca en enero de 1921, la mayoría de los miembros del partido se manifestaría en contra de la intervención minoritaria que proponía adherir a la Tercera Internacional. Enrique Dickmann sostuvo entonces que constituía éste el punto más saliente y exitoso de la reunión, pues convalidar aquella moción habría significado tener que enfrentar las acusaciones por delito de sedición que le caerían a causa de la praxis revolucionaria contenida en la declaración de principios que el organismo comunista proclamaba¹⁸. El gran mérito del Congreso Socialista era identificado por uno de sus máximos líderes no en la autonomía conservada respecto de la esfera de competencia que estaba creando la Comintern, sino en haber evitado lo que hubiera significado una provocación flagrante a los ojos de los mecanismos institucionales burgueses. La convicción de que el aparato del Estado era un instrumento orientado a la búsqueda del bien común antes que al servicio de la reproducción de las relaciones de dominación inducía al sector parlamentarista a no violentar el normal funcionamiento de las instituciones políticas.

La interpretación de que los signos virulentos de la época eran el producto de un sistema jaqueado por sus propias contradicciones y situado en el umbral de su colapso no era compartida por los líderes del PSa. No había nada de particular en el drama que se representaba en Europa que pudiera hacer pensar en la emergencia de condiciones favorables para el impulso de la transformación social. Juan B. Justo llegaba a opinar que “más importantes que los conflictos entre los pueblos eran los conflictos entre las clases sociales dentro de cada pueblo”¹⁹, con lo que es clara su negativa a conceder cualquier viso de utilidad que pudieran prestar los primeros en la realización de los segundos; había una desconexión entre estos dos tipos de tensiones que no podía ser superada a causa de la naturaleza inherente a cada uno de ellos. El sector internacionalista criticó a la bancada socialista su total desentendimiento con aquello

¹⁷ J. B. Justo, “El Congreso Socialista Internacional de Copenhague”, en *Internacionalismo y Patria*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1933, p 7.

¹⁸ E. Dickmann, *Recuerdos de un militante socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949, p. 226.

¹⁹ Citado por Leonardo Paso en *Historia de los Partidos Políticos en la Argentina (1900-1930)*, Buenos Aires, Ediciones Directa, 1983, p. 288.

que, aceptando las posiciones revolucionarias consolidadas en las conferencias de Zimmerwald y Kienthal, consideraba el carácter clasista de la guerra. Las nociones que cada grupo defiende acerca de la beligerancia entre los estados nacionales, así como sobre la cuestión de las nacionalidades adosada a ella, se halla directamente penetrada por la concepción que se tiene respecto de la lucha de clases.

El estallido del conflicto europeo no ofició aquí tampoco como causa deliberada para la concreción del triunfo de la derecha del partido, sino que amplificó las tendencias que estaban ya operando hasta llevarlas a su punto de ebullición. La concentración de poder y el centralismo en la toma de decisiones fueron creciendo a ritmos cada vez más acelerados, según crecía el partido en número de miembros y en impacto social, hasta decantar en el predominio de la corriente parlamentarista. Con anterioridad al inicio de las hostilidades bélicas, el socialismo admitió en su seno la generación de prácticas más radicalizadas. Lo que el grupo con mayor peso político, reunido en torno de la figura emblemática de Juan B. Justo, logró una vez que el conflicto internacional tocó de cerca al país, fue que terminó de ocluir el espacio para que las doctrinas antagónicas a él no se pudieran desarrollar.

Las respuestas que podían practicarse en torno del problema nacional dependían, necesariamente, de aquellas condiciones históricas en las cuales éste se enmarcaba. Ahora bien, cabe realizar algunas precisiones respecto de la existencia o no de cierto margen de operatividad para la producción de pensamientos y prácticas autónomas por parte de los partidos socialistas nacionales durante la época que estamos analizando. Debe ser tomada con precaución la imagen del socialismo europeo que se piensa a sí mismo desde la cumbre de un orden jerárquico, fundamentando su lógica en la interpretación de que “Si Europa es la vanguardia de la civilización europea, el proletariado europeo es la vanguardia de la vanguardia”²⁰. La intencionalidad que lleva impresa esta máxima presupone que al socialismo argentino -al socialismo de ultramar en general- le tocaba cumplir con un rol subsidiario en la lucha mundial por la emancipación de los trabajadores. Si bien apoyados en su madurez teórica y en el elevado volumen de afiliados los grandes partidos europeos estaban en condiciones de impartir a sus pares menores ciertas lecciones esenciales sobre el comportamiento para el buen desempeño de la vida política, también es cierto que el socialismo argentino supo encontrar los espacios que le permitieron generar planteos originales a algunos de

²⁰ Maxime Rodinson, *Sobre la cuestión nacional*, Barcelona, Anagrama, 1975, p. 17.

los localismos que dificultaban el camino nacional hacia la superación del capitalismo. Existía hacia el interior del PSa cierta libertad de criterios respecto de determinadas concepciones que el socialismo europeo predominante asumía como dogmas. Así lo demuestra el caso de las migraciones europeas a la Argentina, donde primaban los reclamos de la delegación del PSa en favor del cese en la inmigración artificial indiscriminada²¹.

Que el socialismo tuviera una visión del país inserto en una economía agropecuaria y concentrara una parte fundamental de su programa de reformas a minar el latifundio da muestras de que disponía de una raigambre verdaderamente nacional²². A causa de la inmigración europea entre el primer Censo Nacional, realizado en 1869, y el tercero, de 1914, la población en edad de trabajar registró en la Argentina un incremento astronómico: los 923.000 trabajadores existentes en la primera fecha había visto crecer su número a 3.360.000 para el segundo año indicado²³. No constituye ninguna novedad el advertir que la enorme masa de extranjeros recientemente llegada al país no disponía de la propiedad de instrumentos para la producción, por lo cual debió ofrecer su fuerza de trabajo en el creciente mercado laboral. Cuando estos inmigrantes buscan empleo lo hacen muy preponderantemente en el mundo rural, pilar de la economía argentina del período. Si quería convertirse en el partido de los explotados, el Partido Socialista, aunque urbano en su composición de origen y centrado en captar al moderno proletariado, no podía escapar a la necesidad de atender las exigencias de peones rurales y jornaleros.

El librecambio era una consecuencia lógica dentro del entramado teórico socialista parlamentario. Los derechos aduaneros redundaban en un encarecimiento de los medios de vida para la clase obrera. Además, y en contra del desarrollo industrial que en primera instancia se adscribe como justificación en los planteos proteccionistas, el socialismo de Justo evidenciaba un proyecto de nación autosustentable, en donde el ruralismo podía desempeñar bien el papel de sector económico dinamizador del proceso de modernización argentino²⁴. La puja por el librecambismo se explica en Justo a partir

²¹ Cf. P. Geli, "El Partido Socialista y la II Internacional: la cuestión de las migraciones", en H. Camarero y C. M. Herrera (eds.): *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 121-143.

²² J. Oddone, *Historia del socialismo argentino*, t. 2, Buenos Aires, CEAL, 1983, pp. 269-272.

²³ Cifras tomadas de Mirta Zaida Lobato, "Los trabajadores en la era del 'progreso'", en M. Z. Lobato (dir.): *Nueva Historia Argentina, tomo V, El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, p. 469.

²⁴ Patricio Geli y Leticia Prislei, "Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo", en *Entrepasados*, Buenos Aires, 1993, pp. 37-38.

del momento en que se advierte el diagnóstico referido al hecho de que, tratándose de un país con una economía atrasada y dependiente, la Argentina debía desarrollar no sólo una lucha social -como era el caso de las naciones industrializadas-, sino que en simultáneo a ella tenía que afrontar una lucha por su liberación nacional²⁵.

La reacción ensayada por el socialismo cultivado en la Argentina ante la coyuntura bélica internacional estaba relacionada con un problema más general y profundo para su desarrollo interno, y es que su dependencia respecto del comercio exterior provocaba que el grueso de las fuerzas del PSa fueran dirigidas hacia la salvaguarda del orden de intercambio comercial vigente. Dentro de este esquema el proteccionismo aparecía como la encarnación más negativa que podía caberle al nacionalismo; podemos inferir que, por el contrario, el librecambio era la manifestación más elevada y deseable del mismo. El proteccionismo ahondaba en el aislamiento de las distintas naciones al promover la solidaridad entre las clases antagónicas fundamentales, enfrentadas a partir de entonces a sus respectivos pares extranjeros. El liberalismo económico, con su lucha clasista hacia interior de cada nación, tenía la facultad de hacer más factible la unidad mundial de los trabajadores. Era en su lucha nacional en calidad de consumidores donde los trabajadores encontraban el medio más eficaz para confrontar internacionalmente con los agentes de su explotación en la esfera de la producción.

El apoyo al librecambio era un síntoma del cientificismo evolucionista que embargaba el pensamiento de la corriente sector mayoritaria del PSa: solamente por su intermediación podría sanearse el aparato productivo de aquellas industrias ineficientes, expresión oportunista del capital parasitario, que gozando del beneficio de las tasas impositivas elevadas que pesaban sobre sus equivalentes elaborados en el extranjero lograban prolongar artificialmente su existencia. El proteccionismo económico redundaba en el atraso de las fuerzas productivas nacionales. La clase obrera requería de la presencia de un capitalismo desarrollado, del normal funcionamiento del sistema de libre competencia, precondition para alcanzar las puertas de la sociedad socialista. Cualquier descalabro repentino en la macroeconomía argentina tendría efectos regresivos para el proletariado argentino en su camino hacia la emancipación.

En los años previos al estallido de la guerra la misma línea mayoritaria del PSa se había manifestado anticipadamente en su contra, tras considerar que de producirse acorde a las tendencias signadas por el largo período de “paz armada” sería

²⁵ Emilio Corbière, “Juan B. Justo y la cuestión nacional”, en *Todo es Historia*, Año VI, n° 62, p. 21.

consecuencia de ambiciones burguesas. La dirección del Partido, de hecho, había decidido en su Congreso de 1912 que en señal de protesta se sumaría a la huelga general que promovía un sector de la Segunda Internacional, aquel que encontraba en la figura de Gustave Hervé a su máximo referente. La posibilidad de la merma en los intercambios comerciales era ya una preocupación para el partido argentino previa al inicio del conflicto. Su trayectoria daba indicios en ese sentido. El repudio en contra de la agitación burguesa que tenía la intención deliberada de caldear los ánimos en contra del pueblo chileno, así como también la admiración y el apoyo moral hacia el movimiento independentista de Cuba, fueron oficialmente ratificados en el II Congreso del Partido Socialista²⁶. En caso de guerra con Chile, el proletariado no sería “sino el dócil esclavo que da su cuerpo, su vida y la suerte de los suyos, en defensa de los intereses del burgués capitalista”²⁷. Pero al socialismo argentino, en cambio, le faltaban certezas para decidir su percepción sobre los acontecimientos cubanos: si en primera instancia supone que en nada se beneficia el proletariado de Cuba con la obtención de su independencia nacional²⁸, muy poco tiempo más tarde concibe que “la facultad para autodeterminarse implica una mejoría respecto de su posición colonial precedente, al tiempo que lo pone condiciones más propicias para un futuro avance paulatino hacia la transformación social”²⁹.

En las discusiones parlamentarias que a mediados de 1913 tuvieron por eje los criterios empleados para la aprobación de las partidas presupuestarias, Del Valle Iberlucea se manifestó contrario a que se mantuviera la espiral ascendente de gastos que insumía el ministerio de Guerra y Marina de la nación³⁰. La guerra submarina total declarada por Alemania iba a producir un cambio drástico en la posición neutralista hasta entonces asumida unánimemente por el PSa. Peligraba ahora la integridad del comercio trasatlántico. Más allá de que la causa no fuera en absoluto la esperada, lo cierto es que las agresiones alemanas terminaron por brindar los argumentos que la corriente parlamentaria necesitaba para extremar sus reclamos en favor del incremento irrestricto para la circulación internacional de mercancías.

²⁶ Adolfo Dickmann, *Los Congresos Socialistas. 40 Años de Acción Democrática*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1936, pp. 11-12.

²⁷ *La Vanguardia (LV)*, II, n° 5, 2/2/1895, p. 1.

²⁸ *LV*, II, n° 33, 17/8/1895, pp. 1-2.

²⁹ *LV*, III, n° 44, 31/10/1896, p. 1.

³⁰ Enrique Del Valle Iberlucea, *Discursos parlamentarios*, Valencia, F. Sempere y Compañía, pp. 43 y 51.

El III Congreso Extraordinario del Partido Socialista tuvo lugar en el local de la Sociedad Verdi durante los días 28 y 29 de abril de 1917, convirtiéndose en el foro donde los contrincantes ideológicos confluyeron por última vez en calidad de miembros de una misma organización política. De los tres posicionamientos que alentó la tonalidad de los sucesos, dos fueron los que decidieron el destino del partido; se trataba de la combinación antagónica preexistente: por una parte, el grupo parlamentario, que era preponderante dentro del partido y que exigía la ruptura de relaciones con Alemania; por la otra, la oposición de izquierda conducida por José Penelón, Juan Ferlini y Agustín Muzzio, que reivindicando el internacionalismo adhería a las concepciones revolucionarias mayoritarias de la Segunda Internacional acerca de la fatalidad que supondría la participación de los trabajadores en la resolución cruenta de un conflicto que no les correspondía. En último lugar se levantaba el eclecticismo de Augusto Bunge, quien abogaba por la abstención al momento de realizar la votación correspondiente.

La presencia de elementos disruptivos al evolucionismo gradualista implicaba una convivencia incómoda, y el sector parlamentario encontró en la guerra un argumento viable para sacudirse el “lastre político”. El Comité Ejecutivo del partido había decidido en el III Congreso Extraordinario que para hacer frente de manera más eficaz a la coyuntura internacional resultaba conveniente que el órgano oficial “encuadre su conducta en la defensa de la efectividad de nuestro comercio internacional, sin el cual se paralizaría la vida económica del país”³¹. El triunfo de la Revolución de octubre, festejada por los jóvenes revolucionarios que podían encontrar en ella el principio de la emancipación universal de los trabajadores y repudiada por los dirigentes consagrados que advertían en ella un carácter golpista y dictatorial, contribuyó a ahondar todavía más las diferencias entre este par de opuestos. El Comité de Defensa de las Resoluciones del Tercer Congreso a que dio origen el segmento internacionalista en noviembre de 1917 tenía como objetivo cobijar a quienes en su repudio hacia la guerra querían dejar de integrar el partido que había traicionado la voluntad de la mayoría. Así lo hizo en los días 5 y 6 de enero de 1918, momento en que acabó dándose forma al Congreso Constitutivo del Partido Socialista Internacional.

³¹ Declaración recogida por A. Dickmann, *Los Congresos Socialistas*, op. cit., p. 69. Los internacionalistas protestaron públicamente ante el favoritismo que *La Vanguardia* dedicaba a las resoluciones de los parlamentarios. Cf. *La Internacional*, I, n° 5, 5/10/1917, p. 3.

Parte del mito de origen que se dio el PCa consistió en declarar la total inexistencia previa a su conformación de una fuerza política abocada a la defensa de los intereses de los trabajadores: había habido durante demasiado tiempo un vacío de representación, ya que el PSa estaba concentrado en atender las necesidades de la burguesía. Para los internacionalistas "el Partido Socialista ha degenerado en una simple excrecencia electoral"³², motivo por el cual "Los obreros, en general, desconfían del Partido Socialista. Lo consideran como una "agrupación de políticos", el mismo título que los partidos conservadores". Ha decepcionado a muchos obreros inteligentes y activos, alejándolos de la actividad política"³³. Después de presentarse a sí mismos como los forjadores del único y auténtico Partido Socialista de Argentina, los internacionalistas corrían en su *Manifiesto de fundación del Partido* a adscribir al proceso revolucionario del momento:

Un ardiente e impetuoso soplo revolucionario parece cruzar triunfante por el planeta. Ha comenzado en Rusia y se extiende hacia todos los rincones del mundo. Su móvil: la instauración del socialismo. Con la mirada elevada en tan alto ideal, queremos ser en esta sección de América, los agentes eficientes, activos, de esta hondísima transformación revolucionaria.³⁴

Por más que tiempo después se insertaran en el núcleo organizativo gestado por el gobierno bolchevique, los socialistas internacionales de la Argentina no confluyeron con Lenin en la urgencia que suponía la defensa encarnizada del derecho de las naciones a la autodeterminación. En la entrevista mantenida por Corbière con él, Rodolfo Ghioldi reconoce el desconocimiento que en aquel entonces embargó a los internacionalistas respecto de la teoría leninista orientada a la reconversión de la lucha interimperialista en guerra civil interclasista³⁵. Los futuros fundadores del comunismo argentino no propugnaron la destrucción del estado nacional a partir de transmutación de la lucha interburguesa en un conflicto interclasista. Tampoco es que estuvieran en las condiciones propicias para hacerlo. A diferencia de lo que acontecía en Rusia, la Argentina no movilizó sus tropas en la Primera Guerra, la masa de los trabajadores no fue armada ni obligada a movilizarse en pos de la promoción de intereses de clase

³² *Historia del socialismo marxista en Argentina*, redactado por el Partido Socialista Internacional, Buenos Aires, s/e, 1919, p. 10.

³³ *Idem*, p. 11.

³⁴ *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina. (Origen y desarrollo del Partido Comunista y del movimiento obrero y popular argentino)*, Redactado por la Comisión del Comité Central del Partido Comunista, Buenos Aires, Anteo, 1947, nota n° 39, pp. 25-26.

³⁵ E. Corbière, *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, CEAL, 1984, p. 84.

ajenos. La campaña de agitación llevada adelante por los internacionalistas argentinos con motivo de la guerra se concentró en estimular al gobierno de Yrigoyen para que se lograra la conservación de la neutralidad. La actitud frente al aparato del estado era de diálogo antes que de confrontación.

Los fundadores del PSI consintieron en advertir la imposibilidad de intentar una comunión entre el nacionalismo y el internacionalismo. Esto suponía un distanciamiento respecto del derecho de las naciones a la autodeterminación que promovía Lenin. Los internacionalistas del PSa sostenían por estos momentos que la lucha por el socialismo no podría contener cláusulas que significaran una concesión a la nación, pues los intereses de esta última respondían en todos los casos a los designios de la burguesía, siendo por lo tanto incompatibles con los de los trabajadores.

III

Si la interpretación que de la guerra había promovido la Segunda Internacional era acertada, entiendo que su causa y fundamento radicaba en la expansión del capital comercial monopolista en busca de nuevos mercados, entonces la solución estaba, a decir del PSa, al alcance de la mano: bastaba con abrir las fronteras nacionales a los productos de todas las regiones del mundo. Por eso las exigencias de intervención militar con la finalidad de proteger a la flota mercante de las consecuencias provocadas por la guerra submarina irrestricta impulsada por Alemania le permitían al PSa romper con los votos de neutralidad desde un lugar original. Y es que, por el rol que se le había adjudicado, al insistir en la necesidad de defender el comercio internacional, el socialismo argentino podía legitimar su acción en el convencimiento de que se así estaba estimulando el desarrollo de la lucha de clases. Nacionalismo e internacionalismo aparecían, en consecuencia, como dos proyecciones sociales imbricadas, no como partes de una dialéctica forzada entre par de antagónicos, sino unidas en una relación de interdependencia beneficiosa en donde el buen desarrollo de uno se hallaba supeditado al buen desempeño del otro.

El PSa, que con anterioridad a los sucesos de abril de 1917 se manifestaba proclive a adoptar aquellas lecturas izquierdistas que entendían la guerra en clave de conflicto interburgués, demostró una enorme flexibilidad teórica al interpretar que en realidad la confrontación militar mundial no era “consecuencia simple y fatal de la propiedad

privada y la producción mercantil”³⁶, puesto que las relaciones de propiedad y de producción en Gran Bretaña y en Estados Unidos se desarrollaba sin tamaños sobresaltos. El PSa era coherente en su decisión de guardar distancias respecto de cualquier ortodoxia dogmática que le representara la obligación de mantenerse dentro de confines poco maleables.

En cuanto a la autonomía teórica del proto-comunismo argentino, Emilio Corbière arribaba a la consideración de que en el III Congreso Extraordinario del PSa José Penelón “defendió, sin saberlo, idénticas tesis que las que sostenían los bolcheviques sobre la primera guerra mundial, defendiéndola como contienda interimperialista”³⁷. En realidad, el futuro líder del PSI, así como los demás miembros que componían el ala revolucionaria del socialismo, si bien efectivamente veían en la guerra la realización de los intereses económicos de las burguesías, es igualmente cierto que no lo hacían desde una perspectiva igual a la asumida por el bolchevismo; hacerlo hubiera implicado que se adoptara la misma respuesta para un mismo fenómeno problemático. Como se ha visto, las proyecciones europeas no podían ser las mismas que se hiciera sobre la guerra el socialismo argentino en ninguna de sus vertientes. Tal vez la entrada de la Argentina hubiera acercado posiciones en ese sentido, pero el caso es que el neutralismo implicó el distanciamiento del PSa respecto de los análisis y las fórmulas programáticas de la socialdemocracia europea.

³⁶ J. B. Justo, *Internacionalismo*, op. cit., p. 152.

³⁷ Emilio Corbière, *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, CEAL, 1984, p. 8.